



Un poco de teología pagana

Rosa María, su primo San Pedro y las llaves del Cielo

FEDERICO PAZ

ILUSTRACIÓN: ANAHÍ MARAVAL

De todos los cactus sagrados, dos brillan por su alta energía y por la profunda relación que mantienen con los pueblos autóctonos: la *achuma* en el hemisferio sur del continente Abya Yala, y el *hikuri* en el norte. Con las conquistas europeas cambiaron tanto los nombres de estos dos primos como el de su tierra, que ahora se llama América. La achumita fue denominada desde entonces San Pedro, puesto que los indígenas de la precordillera bromearon con la idea de que si este santo tenía las llaves de las puertas del Cielo, entonces no podría ser otro que el gigante vegetal que desde antaño les regalaba secretos de los dioses. Los *wixarica* del norte, llamados despectivamente huicholes (que significa “perros”) saben que el dios Venado vive en sus pequeños cactus, a los que con humor les dicen Santa Rosa, Rosita o Rosa María. Ya es hora de volver a llamar las cosas por su nombre.

“En el corazón del cacto del desierto hay encerrado un secreto mediante el cual las regiones áridas del mundo, en efecto, florecerán como una rosa”.

(Mark Prophet)

Los cactus sagrados, embajadores del sol en la Tierra.

El vocablo *huachuma*, o más comúnmente *achuma*, significa “joven”, y según los hombres de poder de las culturas indígenas del Altiplano, es el que mejor nos conecta con la energía del Padre Sol, luego personificado como Tayta Inti en el mundo incaico. En la Sierra Huichola de Jalisco, México, al Abuelo Fuego se lo conoce como Tate Wari, y ambos parientes nuestros están estrechamente asociados con la utilización respectiva de la *achuma* y el *hikuri* o peyote. La *achuma*, con su sabor a terrón vegetal y su capacidad de mostrarnos en carne propia la conexión entre

todos los seres orgánicos, es en sí misma Pachacamac, el dios de la Tierra, y también la parte femenina, su esposa infernal Pachamama. Y a su pequeña prima del norte se la conoce con el nombre de Tatei Urianaka, que significa exactamente lo mismo: Madre Tierra. Y esto es así, porque lejos están los indígenas de Abya Yala de tomar estas plantas para hacerse un viaje por las periferias de la percepción, como sí sucede en Occidente, sino que más bien buscan centrarse a sí mismos y ocupar su propio espacio, aquel que desde tiempos prehistóricos saben que los dioses nos reservaron: el de seres celestiales que asumen experiencias terre-

nales para expandir la comprensión que el Universo tiene de sí mismo.

Cuando se toma por primera vez un caldo con el interior de la corteza de las puntas del Pedro, hay un irresistible impulso a vomitar. A veces sucede y a veces no. Si sucede, toda nuestra energía se traspasa desde la fuerza interna hacia el campo de visión. Si no sucede, habrá mayor fuerza y menos visión, lo que en principio supone un mejor equilibrio. La diferencia entre ambos estados es similar a la inestabilidad de atravesar la puerta y quedar a merced de un temporal, en un caso, o bien la sobriedad que otorga el asomarse a mirarlo desde la ventana, en el otro. Pro-

bablemente en la primera situación nos afecten más la lluvia y los vientos cósmicos, pero en la segunda también perderemos casi completamente nuestro eje frente a tan imponentes energías. Así y todo, será el punto de partida de un fundamental proceso de purificación. Aunque la visión aporte sus conocimientos en forma de símbolo, igual que los sueños, es una etapa que debe ser dejada de lado lo más pronto posible, pues las imágenes no provienen de la planta, sino de su asociación con los motivos inconscientes que circulan por nuestra mente, haciéndonos visibles apenas nuestros deseos, temores, creencias, supersticiones. Algunas veces, también, conectaremos con el inconsciente colectivo vinculado a la planta, por lo que no es de extrañar que nuestras visiones tengan algo de aboriginal, llegando a aparecer allí motivos de las cosmogonías de aquellos grupos que utilizan las plantas desde tiempos inmemoriales. En un nivel todo está conectado y el santo vegetal, a veces, nos conduce hasta ese nivel.

Es interminable el número de figuras de las mitologías cactáceas, donde intervienen pumas, venados, cóndores, o plantas como el maíz, el tabaco y hasta la mismísima abuela ayahuasca, que en sus brazos a veces es capaz de reunir a todos los componentes enteógenos de la gran familia vegetal.

Según Fernando Benítez, en la representación original, el venado-peyote es flechado y despedazado para que surja Tamata Marracurri y, en forma de nube, traiga agua sobre las cosechas de los *wixarica*. En caso de que tengamos visiones de este tipo, también se tratará de nuestra propia mente, una mente expandida que busca ocupar un espacio cultural más amplio que el habitual. Los aborígenes cora de Nayarit, también de larga relación con el *híkuri*, se vieron compelidos a adornar este arquetipo con motivos cristianos bajo la presión de los jesuitas y, en la Semana Santa actual, en medio de mofas e irreverencias hacia los rituales de la Iglesia, el cuerpo de Jesús se convierte en flores y en venado. Es un claro sincretismo, pero en uno y otro caso lo que debe hacerse para recuperar la unidad primordial de la familia orgánica es siempre lo mismo: el sacrificio ritual de quien se entrega por los demás, darse uno mismo para que el mundo se abra.



Ahora bien, lo importante no son las visiones del inconsciente humano que la planta nos revela, sino el sentimiento divino que desde entoríces, idealmente, asume el mando de nuestras vidas. A diferencia de la visión y el sueño, el sentimiento y la realidad no necesitan ser interpretados. Son tal cual se presentan. Una vez fortalecido el sentimiento, es probable que las visiones sigan sucediendo, pero poco a poco van perdiendo intensidad y relevancia. Por esto, tomar caldo de Pedro es similar a una meditación, con la diferencia de que el pensamiento se desenvuelve en imágenes y el silencio interno se solidifica en una fuerte concentración de energía a la altura del corazón. Quien no consigue permanecer en el corazón, cae a la mente y la planta nos lo avisa en forma de náusea o mareo. Es preciso entonces volver una y otra vez al corazón, como aquel que cuando medita vuelve al silencio de la respiración.

Siguiendo las huellas del Venado Azul.

Los peyotes, aunque tengan distinto nombre científico que sus primos sura-

mericanos, son como pequeñas puntas de *achumas* asomando desde el centro de la tierra. Las copas de estos gigantes andan dispérsas por el desierto y, para que el sol no las seque, se resguardan bajo arbustos de gobernadoras. Según los ya míticos libros de Carlos Castaneda donde habla Juan Matus, la concentración de energía de las plantas de poder es tan intensa que pueden ser reconocidas a distancia por los videntes. Y algo de cierto ha de haber en esto, pues el *híkuri* sólo se nos descubre cuando sintonizamos con la poderosa energía que emite la conciencia de la planta. Esto es algo que se puede sentir. A veces sucede por casualidad, pero la mayoría de veces la casualidad no existe. Uno puede pasar diez veces por el mismo peyotal y siempre tendrá experiencias diferentes. En nuestros días de energía alta y conciencia clara encontraremos montones de ellos, como si camináramos sobre alfombras mágicas. En los de baja energía o confusión, el desierto nos será esquivo, pondrá todas las espinas en nuestra contra y nos dará, con suerte, un

peyote reacio que apenas nos coloque. En todo caso, antes de masticarlo, es preciso purificarnos cuidando un poco la energía que nos queda y liberando toda clase de toxinas, emociones desmedidas y pensamientos nocivos.

Dicen los *wixarica* que los peyotes de cinco gajos son la huella del Venado Azul. Por eso quien encuentre uno, probablemente no lo cortará. Sabe que si sigue las huellas, dará con el venado mismo. Quizá se arrodille en el centro del desierto y de sí mismo. Quizá lo huela, o le haga un regalo de agua y de tabaco, y sólo corte aquel cacto por el que se sienta elegido, con un cuchillo de madera y cuidando de quitar sólo la parte superior donde está la mayor concentración de mescalina, asegurándose así que la planta se regenere lo más pronto posible. No cortará una rebanada entera, sino sólo los bordes, como si fuera un roscón de pascua y sin dañar el centro del botón.

El sitio donde el *marakame* (cantador o sacerdote) encuentra el primer peyote se sacraliza y se vuelve un altar al bisabuelo Cola de Venado, Tamatz Kallau-mari, pero en nuestro caso, profanos recuperando nuestro centro sagrado, no se trata de creerse un *wixarica* ni de repetir mecánicamente lo que ellos hacen, sino de entender que cada vez que nos encontremos con un vegetal que ya se sabe un Dios desbordante de energía, tenemos también ahí una oportunidad de comenzar a reconocer y recordar nuestra propia naturaleza divina. Hallar la planta donde crece es absorber a su vez la sustancia activa del lugar. Hablé con gente que también comulgó con los cactus varias decenas de veces, y a muchos les ocurrió el mismo fenómeno que a mí, a cada uno a su modo, pero a todos más o menos lo mismo.

Salir a buscar *hikuri*, jugar con él al escondite, encontrarlo donde ya habíamos mirado sin verlo, caminar y respirar el desierto que absorbió la fuerza de sus habitantes vegetales durante siglos, produce exactamente el mismo efecto, y a veces más potente aún, que si uno hubiese ingerido las plantas de poder. Los lugares no son neutrales, y esto es una percepción que ya hace tiempo salió de los límites de la mística, si es que ésta tiene algo que la limite. El ingeniero ambiental Enric Aulí Mellado explica que los edificios enfermos son aquellos edificios públicos que crean



trastornos en sus habitantes. Como ejemplo, cita la antigua sede de la Comisión Europea, en Bruselas, y al Pentágono de Washington, lo que ya nos lo podíamos imaginar, puesto que todas las leyes europeas y norteamericanas vienen dictadas con bastante mal rollo, como de parte de quienes se sienten un poco trastornados y no muy a gusto con el resto de sus semejantes.

Pero volviendo a los lugares de poder, la asimilación que se pierde al no absorber las sustancias químicas activas del cacto, en el caso de que uno esté colocado sólo de buscar y cortar, se recupera en forma de energía, pues hay un plus disponible: aquél que no se ha utilizado para la digestión. Mucha gente cree que son los alcaloides los que dan la fuerza y la resistencia para caminar durante horas por el desierto sin cansarse, y en cierta forma sí lo es, pero lo que otorga la auténtica potencia es el desierto mismo. Lo que aumenta nuestra resistencia, por otro lado, es saber que no contamos con más agua potable que aquella que pudimos cargar con nosotros. En el caso del Pedro, no sólo está el momento ritual de ingeniárselas para hacerse con las puntas del gigante, sino también ir en busca de la leña, cocinarlo durante horas sobre el fuego que brota de la madera seca, pasar el tazón humeante al compañero que nos soportó y que soportamos, que nos abrazó y nos guió, que nos ayudó o nos dificultó la caminata a lo largo de kilómetros. Por eso no es lo mismo consumir la planta donde crece que en cualquier otro sitio, almacenada previamente en cápsulas, por no hablar de los compuestos químicos artificiales en base a mescalina.

No obstante, tampoco es necesario sobrecargar de peregrinos los lugares sagrados de los indígenas. Habría que animar a los psiconautas a crear sus propios peyotales, igual que los adeptos del Daime plantan *yagubi* por otras regiones selváticas fuera de la Amazonia. Hay muchos desiertos y los cactus santos disfrutan y agradecen además el agua de la lluvia, siempre que les demos un buen porcentaje de días soleados.

El jardín de cactus de Montjuic, en Barcelona, por ejemplo, podría ser un excelente lugar donde cultivar *hikuri* y huachumas, para que ellos se sientan entre parientes y nosotros podamos ir a visitarlos, nos purifiquemos al respirar el aire puro de la zona y conectemos con la conciencia cósmica —que sólo bajo el paraguas verde de la naturaleza— puede ser asimilada en su perfecta totalidad.

La mitología cactácea nos incluye en el panteón

Quien se sabe un Dios, no es que ande guardando demasiadas cosas para después. Por lo mismo, un dios humano que topa con dioses vegetales, prácticamente no se llevará otros peyotes para comer luego, tampoco para secar ni para beber. Mucho menos para vender. Cada vez que esté preparado para colocarse nuevamente, puede tener absoluta confianza en que el espíritu del vegetal lo conducirá a su encuentro sin pedirle el menor esfuerzo a cambio.

Al *hikuri* le gustan los juegos. Si uno quiere uno de trece puntas, por decir algo, el Venado Azul nos pondrá a prueba varias veces y al final, de un modo gracioso y cuando se convenza de

nuestra integridad, nos conducirá a un enorme y morado botón de trece gajos.

En el panteón *wixarica*, está el dios Venado-Peyote y los peyotales son para ellos lugares habitados por dioses. Quienes lo utilizan, son seres que comulgan con su propia parte divina, para lo que se purifican previamente de todas sus debilidades humanas, pues saben que los dioses tienen algo para decirnos y que no podremos escucharlos bien si un montón de ruidos en la mente eclipsan los sutiles susurros en forma de sentimiento que un venado nos transmite. Los remolinos, cuando soplan en el desierto y hasta nos atraviesan, a veces, no son sólo remolinos para quienes tienen abierto el ojo del espíritu, pues el Venado Azul es el Dios de los Vientos. Pero incluso para quien lo tiene abierto y ve las señales, mejor que le reste importancia al suceso y se enfoque en la más pura realidad, aquella que decíamos que no necesita interpretaciones.

La purificación y el perdón de los daños que hicimos y nos hicieron son una parada inevitable en la peregrinación a la tierra santa de Wirikuta. En Ravemuieka, el Cerro de la Estrella, los caminantes se liberan de los filamentos energéticos que quedaron de todas sus relaciones fundadas en el engaño. Se sientan frente al Abuelo Fuego y a él le entregan, en voz alta, su confesión. Nosotros también debemos crear las formas rituales de liberarnos. Nos esperan dioses y sólo es posible unirnos a ellos en el Espíritu de la Verdad. De no ser así, no seremos nosotros quienes

comulguemos sino apenas aquél que creemos ser y que decimos que somos. Es posible que cada zona oscura del inconsciente se haga manifiesta en forma de retortijón o vómito.

Algunos creen que comer *hikuri* directamente como la tierra lo da, o beber caldo de *achuma* sin saborizantes es cosa de masoquistas, pero lo cierto es que nuestra capacidad de asimilar el gusto amargo y la sustancia extraña que entra al cuerpo nos da la medida justa de la dosis conveniente en ese momento. Para los que se exceden, es posible que situaciones imprevistas, desde perros peleándose con coyotes a policías patrullando el desierto, los hagan desistir de seguir incorporando más sustancia activa al organismo. Los mundos vegetales, por decirlo de un modo simple, tienen sus propios controles migratorios. Volviendo a la dificultad de digerir los cactus santos, no se trata de ser un penitente, sino de limpiarse y tener un viaje hacia uno mismo lo más puro posible, energéticamente hablando. La energía se mantiene alta cuando se la ahorra y se vuelve pura cuando la conciencia permanece clara. Conciencia y energía son como las Twin Towers: si cae una, a los pocos minutos cae la otra.

La energía personal acumulada es la que nos da el impulso para reunificarnos con la gran energía cósmica. A su vez, la conciencia bien enfocada y despojada de pensamientos sin amor es el timón, quien guía nuestro viaje hacia el centro del ser. Los *wixarica* saben que los antiguos, aquellos que escalaron a los cielos

y alcanzaron la inmortalidad, también se han purificado. Luego de pasar ellos mismos por un ritual de iguales consecuencias, los peregrinos del peyote nombran todas las cosas de nuevo, con lo que el mundo de todos los días queda subvertido, y aquello que estaba destinado a ser sólo humano, coge visos de divino. Al *hikuri* ellos lo identifican con una flor, ya que ambos tiene forma circular y simétrica. Son "niérika". Lo llaman Rosa, Rosita, Santa Rosa, Rosa María y, según cuenta Benítez, en un punto del peregrinaje, cuando le cambian los nombres a todas las cosas, a todos aquellos que comerán peyote les pondrán uno que incluya el prefijo "tutu", que significa rosa. Por ejemplo: tutukuallari, tutumukanoatva, tutumekonoarra.

Junto a la meseta del Bernalejo (Estado de San Luis Potosí, Méx.), a donde llevarán sus ofrendas, el cerro Quemado es el lugar sagrado por excelencia para ellos. Allí vive el bisabuelo Cola de Venado, su deidad principal. Luego de ayunar y subir durante horas atravesando una barranca de todos los colores imaginables, probablemente haciendo noche en alguna cueva, es muy recomendable una revitalizante siesta en la cima, donde corre ese aire frío que siempre hay por encima de los dos mil metros. En la peregrinación a Wirikuta, en octubre, se mezclan las fiestas de San Francisco de Asís, "Panchito" para los mestizos, y las del Venado Azul de los *wixarica*. En el primer caso llegan hasta el Real del Catorce, a la iglesia. En el segundo, hasta la cima del cerro Quemado, varios cientos de metros más arriba, desde donde se domina la vista de todo el desierto mágico. Una diferencia clave de los distintos lugares de poder es la que se da entre los templos y las montañas, y no sólo por la dimensión de la escalada sino, y sobre todo, por la naturaleza de las entidades que habitan sus cimas. En un caso, sacerdotes. En el otro, dioses, incluso multitudes de ellos que, tanto en el Quemado como en el Olimpo o el Kailash, esperan siempre la llegada de un nuevo colega, que bien podría ser cualquiera de nosotros. ☺

En los próximos números:

San Isidro, la carne de los dioses
Santa María, la madre del Dios
Daime Santo, firmeza en el amor

